

SERMON
PARA EL DIA DE LA NATIVIDAD.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus.

Os traigo una nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido un Salvador, que es el Cristo del Señor.

Luc. 2. v. 10. 11.

Señor:

Esta es la gran nueva que ya ha cuatro mil años esperaba el mundo, el gran suceso que habian anunciado tantos profetas; figurado en tantas ceremonias, deseado de tantos justos, y que toda la naturaleza parece prometia y aceleraba con la universal corrupcion que se habia introducido en toda la carne. Este es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba á los hombres, despues que la infidelidad de nuestro primer padre nos sujetó á todos al pecado y á la muerte.

El Salvador, el ungido y el Señor se manifiesta por último en la tierra; las nubes producen al justo, la estrella de Jacob aparece en el universo; sale el cetro de Judá, y ya

TOM. I.—P. 31.

ha llegado el que habia de venir; ya se cumplieron los tiempos misteriosos, el Señor ha manifestado la señal que prometió á Judea; una vírgen concibió y ya ha parido, y de Belem sale el conductor que debe instruir y gobernar á Israel.

¿Qué bienes tan grandes se anuncian á los hombres, católicos, con este nacimiento? No hubiera sido anunciado, esperado, deseado por tantos siglos, no hubiera formado la religion de tantos pueblos, ni sido el objeto de todas las profecías, la manifestacion de todas las figuras, el único fin de todos los pasos de Dios hácia á los hombres, si no fuera la mayor señal de amor que podia darlos. ¡Qué noche tan feliz aquella en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la luz del mundo entre sus tinieblas, en el cielo resuena la alegría y los cánticos de accion de gracias.

Pero, católicos, para participar de las alegrías que este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra, es necesario participar tambien de los favores que nos trae: la comun alegría se funda en la comun salud que nos ofrece, y si no obstante estos socorros nos obstinamos en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos el luto y la tristeza al gozo que inspira una nueva tan feliz.

¿Cuáles son, pues, los inestimables beneficios que esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales espíritus vienen hoy á anunciarlos á los pastores: viene, dicen, á dar gloria á Dios y paz á los hombres, y en esto se descubre todo el fondo de este misterio, á Dios la gloria que le habian querido quitar los hombres, y á los hombres la paz que ellos se habian quitado á sí mismos. Imploramos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El hombre solo fué colocado en la tierra para tributar al autor de su sér la gloria y los respetos que le son debidos; todas las cosas le acordaban esta obligacion; pero todo cuanto debia servir para acordársela, solo servia de desviarle mas de ella. Debia el hombre á su Majestad suprema su adoracion y sus respetos, á su bondad paternal su amor, á su sabiduría infinita el sacrificio de su carazon y de sus luces. Estas obligaciones grabadas en lo íntimo de su corazon y nacidas con él, le eran continuamente anunciadas por todas las criaturas; no podia ni escucharse á sí mismo ni escuchar á cuanto le rodeaba sin oirlas en todas partes: con todo eso, las olvida, las echa fuera de su corazon; no contempla en la obra el honor y culto debido al Artífice soberano; en los beneficios que le hace el amor debido á su bienhechor; en la oscuridad de efectos naturales, la imposibilidad de sondear los secretos de Dios y la desconfianza con que debe vivir de sus propias luces: la idolatría tributaba á las criaturas el culto que el Criador se habia reservado para sí; la sinagoga le honraba con la boca limitando á un culto exterior, poco digno del Señor, el amor que le debia; la filosofía erraba en sus discursos, medía las luces de Dios por las del hombre, y creia que la razon que no se conoce á sí misma podia conocer todas las verdades. Estas tres heridas se observaban en la tierra; en una palabra, ni Dios era conocido y glorificado, ni el hombre se conocia á sí mismo.

Primeramente: ¿á qué exceso no habia llegado el culto de la idolatría? La muerte exaltaba muy presto á los honores de deidad á una persona á quien se amaba; y sus vi-

les cenizas, sobre las que estaba escrita su nada con caracteres indefectibles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad; el amor conyugal se formó dioses, imitó el amor impuro y quiso levantar sus altares; la esposa y la enamorada, el esposo y el amante, todos delincuentes, tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios; la locura y la corrupción abrazó un culto tan ridículo y abominable; inficionóse todo el universo, autorizó el imperio y la majestad de las leyes; hízose respetable esta extravagancia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios y con la inmensa riqueza de los simulacros; cada pueblo deseó tener sus dioses; denefecto del hombre ofrecia incienso á la bestia; los respetos impuros llegaron á ser el culto de las divinidades impuras; las ciudades, las montañas, los campos, los desiertos todos se mancharon, y vieron los soberbios edificios consagrados á la soberbia, á la impureza, á la venganza; la multitud de divinidades igualó á la de las pasiones; los dioses llegaron á ser casi tantos como los hombres; todo vino á ser Dios para el hombre, sin que el hombre conociese al verdadero Dios.

Estaba el mundo casi desde su nacimiento sepultado en el horror de estas tinieblas; cada siglo habia añadido nuevas impiedades; cuanto mas se acercaba el tiempo del Salvador, tanto mas parece que crecia la depravacion entre los hombres; la misma Roma, señora del universo, se habia sujetado á los diferentes cultos de las naciones que habia vencido, y veia levantar dentro de sus muros los diversos ídolos de tantos pueblos subyugados, que mas servian de monumento público á la locura y ceguedad, que á sus victorias.

Pero finalmente, aunque toda la carne habia corrompido su camino, Dios no queria hacer llover su furor sobre los hombres, ni exterminarlos con un nuevo diluvio; queria sal-

varlos, habia puesto en el cielo la señal de su alianza con el mundo, y esta verdadera señal no era aquel arco tosco, aunque resplandeciente, que se manifiesta en las nubes; era Jesucristo su Unigénito Hijo; el Verbo hecho carne, el verdadero sello de la eterna alianza y la sola luz que vino á iluminar todo el mundo.

Maniféstase hoy en la tierra, y da á su Padre la gloria que habia querido quitarle la impiedad del culto público, el respeto que le tributa su alma santa, unida la Verbo, desagravia primeramente á su Divina Majestad de todos los honores que el mundo le habia hasta entonces negado, por tributarlos á la criatura. Mas gloria da á la Divinidad un hombre-Dios que la adora, que cuanto le habian quitado todos los pueblos idólatras: muy agradable debió ser á Dios este respeto, pues él solo bastó para arruinar la idolatría en la tierra; hizo suspender la sangre de las víctimas impuras, trastornó los altares profanos, hizo callar á los oráculos de los demonios, demolió los ídolos vanos y mudó sus soberbios templos, que hasta entonces habian servido de asilo á todas las abominaciones, en casas de culto y oracion. De este modo mudó de cara el universo, fué adorado el Dios desconocido, aun en Atenas y en las ciudades que eran mas famosas por su ciencia y política; el mundo reconoció á su autor, Dios volvió á tomar posesion de sus derechos, establecióse en la tierra un culto digno de su majestad, y tuvo en todas partes fieles que le adorasen en espíritu y en verdad.

Este es el primer beneficio del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y la primer gloria que da á su Padre celestial. ¿Pero, católicos, se extiende á nosotros este grande beneficio? No adoramos ya vanos ídolos, á un Júpiter incestuoso, á una Vénus lasciva, á un Marte negativo y cruel.

¿Pero es Dios glorificado entre nosotros? ¿no colocamos en su lugar á la fortuna, al deleite, al favor, al mundo con todos sus placeres? Porque todo aquello que amamos mas que á Dios, lo adoramos; todo lo preferimos á Dios, viene á ser un Dios para nosotros; todo lo que es solo objeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestras aficciones, de nuestros temores y de nuestras esperanzas es nuestro culto, y nuestras pasiones son nuestros dioses, á las que sacrificamos el Dios verdadero.

¿Qué ídolos de esta especie no hay aún en el mundo cristiano? Aquella infeliz criatura á quien habeis entregado vuestro corazon, á quien habeis sacrificado vuestros bienes, vuestra fortuna, vuestra gloria, vuestro descanso y de quien no os pueden separar ni los motivos de religion ni aun los del mundo, esa es vuestra ídolo: ¿qué la falta para ser vuestra infame divinidad, pues en vuestros excesos ni aun este nombre la negais? Aquella corte, aquella fortuna que os ocupa, que os posee, á la que entregais todos vuestros cuidados, todos vuestros pasos, todos vuestros movimientos, toda vuestra alma, todas las potencias y aun vuestra misma vida, esa es vuestro ídolo. ¿La negais acaso alguno de aquellos criminales respetos que os pide ó que pueden servir para alcanzar su favor? Aquella vergonzosa intemperancia que envilece vuestro nombre y nacimiento, que desdice aun de vuestras costumbres, que ha negado y entorpecido vuestros talentos con los excesos del vino y de la embriaguez, que haciéndoos insensible para todo, solo os deja gusto para los brutales deleites de la mesa, esa es vuestra ídolo; solo contais por vida el tiempo que empleais en ella, y tributais con el corazon mas respetos á esta divinidad infame y despreciable, que con vuestras canciones profanas é insolentes. En otro tiempo las pasiones se formaron dioses, y Jesucris-

to no ha destruido estos ídolos sino destruyendo las pasiones que los habian formado: vosotros volveis á levantarlos haciendo revivir las pasiones que habian hecho idólatra al mundo entero; ¿y de qué sirve conocer á un solo Dios si tributais vuestros respetos á otras divinidades? El culto está en el corazon, y si el Dios verdadero no es el Dios de vuestro corazon, poneis en su lugar, como los paganos, á las criaturas viles y no le dais la gloria que se le debe.

No se contenta Jesucristo con manifestar á los hombres el nombre de su Padre, ni con establecer sobre las ruinas de los ídolos el conocimiento del verdadero Dios, sino que le forma aduladores que estimarán en muy poco las exteriores sumisiones, si no las santifica y anima el amor, y que tendrán á la misericordia, á la justicia y á la santidad por las mas dignas ofrendas de Dios y por el mas magnífico aparato de su culto; que es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo y el segundo género de gloria que da á su Padre.

Es verdad que como dice el profeta, Dios era conocido en Judea; Jerusalem no veia en sus plazas ídolos que usurpasen los respetos al Dios de Israel: *No habia simulacro en Jacob, ni agüero en Israel.*¹ Esta sola porcion de la tierra se habia preservado del universal contagio; pero todo el mérito de su culto consistia en la magnificencia de su templo, en el aparato de sus sacrificios, en la pompa de sus solemnidades y en la exactitud de sus observancias legales. Toda su religion se limitaba á estas obligaciones exteriores, sus costumbres no eran menos delincuentes; permanecian allí la injusticia, el fraude, la mentira, el adulterio y todos los vicios, y aun los autorizaban con estas vanas exterior-

1 Num. 23.

ridades de culto; honraban á Dios con los lábios, pero el corazón de aquel ingrato pueblo siempre estaba muy distante de él.

Vino Jesucristo á desengañar á la Judea de un error tan grosero, tan antiguo y tan injurioso á su Padre; vino á enseñarla que el hombre puede contentarse con solas las exterioridades, pero que Dios solo mira al corazón, que cualquiera respeto exterior con que se le niega éste, mas es un insulto y una hipocresía, que un culto verdadero; que es inútil purificar el exterior si el interior está lleno de infección y podredumbre, y que á Dios solo se le adora amándole.

Pero ¡ah católicos! ¿no subsiste aún entre nosotros este error de la Sinagoga, tantas veces reprendido de Jesucristo? ¿A qué se reduce todo nuestro culto? á algunas observancias exteriores, á cumplir con ciertas obligaciones públicas establecidas por la ley, y esta es la religion de los mas prudentes; asisten á los misterios santos, hacen escrúpulo de faltar á las leyes de la Iglesia, rezan algunas oraciones consagradas ya por la costumbre, celebran las solemnidades y aumentan la multitud que concurre á nuestros templos; y en esto consiste toda su religion. ¿Pero están por ventura desprendidos del mundo y de sus deleites? ¿están menos ocupados con los cuidados del bien parecer y de la fortuna? ¿mas dispuestos á romper un lazo pecaminoso ó á huir de las ocasiones en que todos los dias naufraga su inocencia? ¿Acompaña estos exteriores ejercicios de devoción un corazón puro, una fe viva y una caridad sin fingimiento? No por cierto; todas sus pasiones subsisten siempre con estas obras religiosas, que hacen mas por uso que por religion. Y advertid, católicos, que ninguno de estos se atreveria á faltar del todo á estas obligaciones, á vivir

como impío sin profesion de culto, sin cumplir, á lo menos, con algunas obligaciones públicas; tendríanse por anatemas dignos de los rayos del cielo; ¡y al mismo tiempo se atreven á pisar estas santas obligaciones con unas costumbres delincuentes! No les causa horror el inutilizar estas superficiales reliquias de religion con una vida que la religion condena y aborrece, y no temen la ira de Dios, continuando en las culpas que la provocan y limiando todo el culto que se le debe, á unos vanos respetos que le insultan.

No obstante, ya he dicho que entre todos los mundanos estos son los mas prudentes y los que parecen mas regulares á los ojos del mundo. No han sacudido aún el yugo como otros muchos, no tienen la bárbara vanagloria de no creer en Dios, no blasfeman de lo que ignoran, no miran á la religion como juego ó invención humana, quieren vivir todavía unidos á ella con algunas exterioridades, pero no con el corazón; la deshonoran con sus desórdenes, no son cristianos sino en el nombre, y así subsisten aún entre nosotros, mas que antiguamente en la Sinagoga, las magníficas exterioridades de culto, con la mas profunda y universal depravacion de costumbres que jamás reprendieron los profetas á la obstinacion é hipocresía de los judíos. De este modo la religion de que nos gloriamos no es para la mayor parte de los fieles sino un culto superficial; de este modo aquella nueva alianza que debia estar escrita en los corazones, aquella ley de espíritu y de vida que debia hacer á los hombres espirituales, aquel culto interior que debia formar para Dios adoradores en espíritu y verdad, no forma sino fantasmas, adoradores falsos, apariencias de culto; en una palabra, un pueblo como el de los judíos, que le honra con los lábios, pero cuyo corazón corrompido, man-